por respuesta. No debo, no puedo darle una negativa. No se ha hecho pública todavía nuestra perdición. Por desgracia tuya hace mucho tiempo has debido saberla tú. Pedro nos salva, y durará este aparente bienestar nuestro hasta que él quiera. Nuestra salvación está en el consentimiento tuyo.

—Padre—dijo balbuciente Luisa, y se esforzaba en contener el penar que como recio lazo ibásele anudando en la garganta— no te apures: ¡hágase tu voluntad!

Y ahogándose con su aflicción, se salió del cuarto casi tambaleándose y diciendo para sí: —¡Sálvanse ellos, y á mí que la Virgen me ampare!

Fué, al fin, Luisa esposa de Pedro. No hubo de transcurrir mucho tiempo para que éste se diera cuenta de que su mujer no le quería. Parapetado el cariño de ella tras muralla de hielo, ni con todos sus desvelos para obtenerlo, pudo conseguirlo. Si aquel gentil cuerpo, si aquella estatua animada era suyo, no lo que le daba vida, su alma. Insensiblemente metíasele corazón adentro algo que le torturaba con penas no conocidas, y le destruía, como la perseverancia del mar en su continuo lamer á la dura roca, todas las ilusiones que al conseguir aquella mano se forjara. A veces, alocado por la desesperación, dábanle deseos de que se condujera como mujer vulgar; de que se entregase á su amante. Pero voluntades como la de Luisa ni se tuercen ni vacilan, y matábale á Pedro tal manera de comportarse. Esta incesante lucha acabó con él. Al convencerse que era hombre muerto, sobrevínole un inmensurable deseo de vivir, agarrándose á la frágil esperanza de obtener su amor con el mismo anhelo del náufrago en su último esfuerzo para salvarse. Soñaba conseguirlo engañado por el ciego cariño que su esposa le infundía. Pero como ilusión, duró lo que un relámpago. Al ver lo vano de su tentativa postrera, bendijo la muerte liberadora de aquel martirio. Entonces, á su alma siempre generosa, acudiósele la idea de sacrificarse por su mujer, de demostrarla lo grande de su pasión. Y no encontraba prueba mejor sino desapareciendo para siempre, porque él, aunque poquito á poco, al fin lo había comprendido, era el único obstáculo á la felicidad de Luisa.

Creyóse ella por su parte, con el continuo sermoneo de sus padres, con el irresistible halago de las amigas y comadres haciéndose lenguas de los riquísimos trajes, de las costosas joyas, del valioso patrimonio de su marido, que su amor á Pepe, pasaría como todas las quimeras, como uno de los tantos sueños de la generosa juventud, que el rodar de la vida con su garra destructora cuídase pronto en reducir á trizas. Supuso además, y así se lo dieron á entender, que tal vez lo lograra con el obligado y frecuente trato de su esposo. Esforzóse en amarle, y puso su voluntad para alcanzarlo. Pero ni el tiempo que todo lo mata al cubrirlo con su desesperante sudario olvidadizo; ni el velo de tristeza con que se enlutó su amor para más facilmente adormecerlo; ni el nadar en la opulencia con las comodidades que la fortuna de su marido le proporcionaba, y libre, por tanto, de las estrecheces del vivir que tantas lágrimas y sinsabores le habían costado, los más amargos y los más dolorosos, por ser puñaladas recibidas en su vanidad mujeril; ni la misma vida agitada de viajes y diversiones á que estaba entregada, como si el bullicio entontecedor fuera necesidad de su corazón agonizante: nada pudo hacerla olvidar de su afecto primerizo. Llévabalo grabado de un trazo tan firme que no había manera de borrar. Para Pepe era: el hombre á quien primero amara y el único que seguía amando. Su recuerdo como vivo, manada continuamente sangre.

Quiso Pepe aprovecharse del estado de ánimo de Luisa, el único sér á quien adorara. Suplicó primero, exigió después, amenazó por último; pero mostróse Luisa inflexible. Al convencerse de lo inútil que era luchar con aquella mujer, intentó romper los lazos del cariño que aun con la misma le ataban. Huir, cometer una barrabasada, en fin, matarla, todos los intentos malos habían cruzado siniestramente por su cerebro. Pero eso hubiera sido separación eterna ó su odio mortal, y al imaginarlo como si desfalleciera. Ahora, cuando menos, su corazón era únicamente de él, para él sólo. Y esto, en medio de su tormento, producíale un consuelo, una aminoración á la pena que le consumía

Cuando Luisa empezó á notar que la muerte con su horrible faz andaba besuqueando á su marido; cuando, en fin, manifestósele que para él no había remedio, tuvo ganas de llorar. Entróle cierta ternura, compasión, por aquel hombre que había salvado á sus padres de la ruina; pero no pasó de ahí. Porque al momento veía en él el obstáculo á su dicha, la causa de su infelicidad, y aun queriéndolo, le era imposible perdonárselo.

En tanto que en su ensueño reviera una vez más la historia de su corazón, un ruido inusitado la despertó. Abriéronse los postigos, y la criada, gimoteando, á penas pudo decirla que su esposo acababa de fallecer.

Acongojóse, y lloró igualmente, pero más bien aflicción y lágrimas por el querer que se pierde, era quizá por el tormento que finía.

La Gracolaria, 5/6/1904, p. 5 / Col·lecció de premsa i butlletins / Arxiu Municipal de Granollers